

VICENTE HUIDOBRO

Por Galvarino Plaza

RECORDANDO a Gabriela Mistral en estas mismas páginas dijimos que algo semejante a un sutil —y no por ello menos patente— silencio parecía envolver la personalidad creadora de un buen número de nombres inscritos dentro del desarrollo de la literatura sudamericana. En esa oportunidad, obligadamente y por un acto de justicia perfectamente claro, tuvimos que hacer referencia a otro poeta, también chileno, y ése no era otro que Vicente Huidobro.

Con respecto a Huidobro, el hecho del olvido y el silencio, tendríamos que definirlo casi como un acto de ensañamiento en la obra y la actitud indagadora de un poeta; acto que de una forma imperturbable abarca un amplio espacio temporal en el campo de la valoración o mejor dicho revaloración crítica, especialmente entre nosotros. Podríamos aclarar que el obcecado silencio sólo se ha visto alterado recientemente por la publicación en España de una reedición de su totalizador y denso poema «Altazor» (1).

Como podríamos suponerlo esta reedición del «Altazor» no nos ha llegado gracias a una gran editorial —muchas de ellas dominadas por todo un entretejido de intereses mercantilistas— sino por una de aquéllas creadas por el entusiasmo de una juventud siempre alerta y visionaria en su papel de rescatadora de los más válidos aportes a la expresión creadora, en sus más variadas facetas.

La mencionada edición de «Altazor» pareció estarnos reintegrando la realidad poética de un tiempo otro, un tiempo en que se hallaran las raíces de las más recientes búsquedas expresivas y sin embargo una época totalmente alejada de la nuestra. Pero no alejada por el hecho de un desgaste de su vitalidad poética, sino más bien por un hábil escamoteo de la realidad, desgraciadamente, una realidad incuestionable para la comprensión cabal del desarrollo de la expresión poética contemporánea.

Han bastado poco más o poco menos de cuatro decenios para que a un poeta de nuestro tiempo, de nuestro tiempo tanto en el orden temporal como en el de la búsqueda de una autonomía expresiva, con la eficaz colaboración del silencio ejecutor se le haya convertido en una sombra apenas conocida de las nuevas generaciones. Sí, una sombra, sombra fantasmal en el panorama de la poesía actual la presencia de Huidobro, panorama al que —y esto no podría ser negado por una crítica siempre acuciada por la necesidad de mostrarse condescendiente con los imperativos del momento— Huidobro aportó una visión de la poesía que se dinamiza (es necesario retornar al uso del presente) en la propia vertiente de su realidad recreada, una recreación que se convierte en auténtico encuentro en orden a su proyección poética, y que como ha dicho Imbert, «entre otras felices innovaciones, brindó ésta: la de una poesía que mágicamente aniquila el mundo real y, en el hueco que deja, levanta, también mágicamente otro mundo ideal». La poesía se hace de esta manera una creación absoluta e irreversible. ¿Es este riesgo asumido por Huidobro en su poesía y los logros que de ella se desprenden en su momento lo que contribuye a su olvido, y si no a su olvido total a esa relegación de su nombre a las tinieblas?

En otra parte del estudio de Imbert que citamos, éste nos dice —recurso a lo imprevisible de la memoria— «Huidobro otorga libertad a lo poético mediante el humor. El humor de Huidobro no es ni chistoso ni sombrío, es poético». Y tal vez es este sentido del humor el que desorienta y desorientó a la mayoría de sus críticos, especialmente a los de habla hispánica, enfrentados ante los valores existentes en la creación y en el «Creacionismo» de Huidobro, lo cual puede haber contribuido al alejamiento de su nombre de estudios y referencias en torno a la poesía de los últimos cincuenta años. Esto es bueno



Huidobro visto por Juan Gris (1922)

(Por gentileza de la Editorial Aguilar)

no verlo como una actitud errónea, sino simplemente como resultante de esa incapacidad que parece tener el espíritu latino, o mejor dicho hispánico, para entender y valorar el humor como forma permeable a la grandeza expresiva. Todo lo que no está marcado por lo trascendental nos suena a falso, como si lo trascendental no hubiera sido, durante siglos, el más seguro bastión de lo inauténtico. Esto, el creer que sólo lo adusto es noble, seguramente puede haber influido en la visión superficial de los valores insertos en la poesía de Huidobro y ser el motivo del silencio que en los últimos años ha venido rodeando su obra poética.

(1) «Altazor», Vicente Huidobro. Visor Editor. Madrid.